

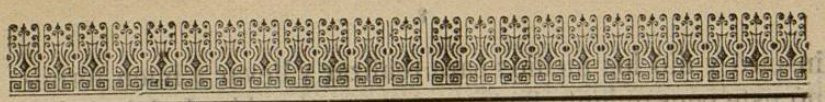
Blas y Juan  
Blas y Juan

Blas y Juan

A principios de este siglo, cuando se descubrió el continente americano, se abrió un nuevo mundo para la evangelización. Los religiosos de la Orden Seráfica, que habían sido enviados a las Indias, se dedicaron a predicar el Evangelio a los indígenas. Su labor fue fructífera, y se fundaron numerosas iglesias y conventos. Sin embargo, a lo largo del tiempo, la Orden sufrió diversas vicisitudes, y su influencia se fue debilitando. En el presente siglo, se ha reanunciado su misión, y se ha emprendido una labor de renovación y de evangelización en las Américas.

Blas y Juan

Blas y Juan



La desgracia de México no es otra cosa que la rebeldía del hombre contra Dios.—ROQUE BARCIA, Diccionario Etimológico, México.

# INTRODUCCION.

La desgracia de México no es otra cosa que la rebeldía del hombre contra Dios.—ROQUE BARCIA, Diccionario Etimológico, México.

Nuestra Orden Seráfica, que ha creído siempre que le correspondía la prioridad en la evangelización del Nuevo Mundo, exhibe títulos irrefragables en justificación de aquella su creencia; presenta á centenares sus misioneros empleados en el ejercicio de su apostólico ministerio, principalmente con los indígenas; muestra sus iglesias abiertas al culto católico; ostenta sus monasterios, huertos cerrados en los que germinó la flor de sus obreros, y enseña todavía las ruinas de sus hospicios, á donde acudían á reparar sus gastadas fuerzas los viñadores cansados de recoger abundante mies en las eras del Padre de familia.

La Iglesia católica, por medio de los Religiosos franciscanos, ha tenido en el descubrimiento de la América, una gran misión que desempeñar. A la Iglesia católica se debe la verdadera libertad de estas regiones, tiranizadas en otro tiempo por las metrópolis de todas las naciones de Europa. Puede afirmarse sin exageración, que á la Iglesia católica pertenece la honra del descubrimiento, puesto que ella le



8  
inspiró y dió los medios para realizar y llevar á buen término este pensamiento tan nuevo como atrevido. La Iglesia había salvado estos medios, conservando, en medio de la barbarie de los pasados siglos, las matemáticas, la física, la geografía y el arte náutica: la educación y la historia de Colón, así nos los demuestran.

Oriundo de Génova, viudo y mendigo, "salió de Portugal por el año 1484, y tomando á su hijo, Diego, todavía niño, dió consigo en la villa de Palos, en España, donde quizá tenía conocimiento con alguno de los marineros de allí, y también por ventura con algunos de los religiosos de S. Francisco, del monasterio que se llama de Santa María de la Rábida, que está fuera de la villa á un cuarto ó algo más de legua, donde dejó encomendado á su referido hijo Diego," (1) quien más tarde contrajo matrimonio con la nieta del duque de Alba.

El excelente guardián de aquel convento, Fr. Juan Pérez de Marchena, le dió hospitalidad, acogió con entusiasmo su grande pensamiento, y procuró presentarle á la Corte de España. Colón fué más tarde secundado y sostenido en la Corte por un dominicano del convento de S. Estéban de Salamanca, y sobre todo por D. Diego Deza, profesor de teología y dominicano, que más tarde llegó á ser arzobispo de Sevilla. De este modo es como Colón pudo decir mucho tiempo después: "Cuando yo era objeto de risa y de burla para todos, dos monjes solamente me comprendieron y me fueron adictos." Colón expresó su reconocimiento para la Iglesia, á la cual atribuía su descubrimiento cuando en ..... 1496, á su vuelta á España, colmado de gloria y acogido con entusiasmo como descubridor de un nuevo mundo, virey y almirante de las Indias, quiso aparecer vestido con el tosco sayal y ceñida la cuerda á la cintura, profesando la humilde regla de los terciarios del Bienaventura-

(1) LAS CASAS, *Historia de las Indias, part. I, cap. XXIX.*

9  
do Padre S. Francisco, cuyos hijos, tan benévola y fraternalmente le habían acogido cuando por primera vez arribó á España.

Tampoco se olvidó de la Iglesia en su testamento. Necesario es recordar que, para que Colón pudiera llevar á cabo su empresa, se necesitó toda la grandeza de ánimo de un Fernando y de una Isabel, esa benemérita de la orden franciscana y aun de toda la cristiandad; (1) empresa solamente sostenida por las ideas y los sentimientos de una fe generosa y de una piedad intrépida. Colón así obtuvo por fin el armamento que deseaba, y que Isabel le otorgó después del triunfo y de la alegría que embargaba su corazón generoso y cristiano por el éxito alcanzado en la célebre rendición de Granada.

No olvidemos asimismo, que entre los medios de que tuvo necesidad Colón para descubrir la América, usó principalmente de los medios religiosos y morales: su imperturbable confianza en Dios, su incomparable valor, su sabiduría, su prudencia y su abnegación en todas las circunstancias, medios que no sólo podían influir en los hombres que todas las tardes humildemente en su oración cantaban sobre el puente de cubierta la *Salve Regina*, y cuya piedad y osadía, han sido comprobadas por recientes trabajos, entre otros los del barón de Humboldt. Mas el pensamiento del descubrimiento de América, es muy superior á los medios que le han preparado y guiado, y este pensamiento pertenece directamente á la Iglesia. La idea que Colón concibió del mundo, nació de la vida misma de la Iglesia en la Edad Me-

(1) Juan Diez de la Calle, oficial de la Secretaría de Indias, casado con la hija de Juan Fernández de Madrigal, Secretario del rey D. Fernando el Católico, se expresa de esta forma: "Descubrió esta isla (Española) el Almirante D. Cristobal Colón, originario de Génova y vecino de la Canaria, jueves 11 de Octubre de 1492, en virtud de capitulación de 17 de Abril de él, emprendiendo hazaña tan grande con (16,000) diez y seis mil ducados que prestó Luis Santángel, escribano de raciones sobre las joyas de la serenísima reina Católica Doña Isabel.—Memorial y Noticias Sacras y reales del Imperio de las Indias Occidentales; edic. Madrid, 1646, cap. XXIX.



dia. La Edad Media gira toda entera alrededor de la Iglesia; ella es el centro de sus movimientos, el punto de partida y el término de sus empresas. La Edad Media, se acercaba á su término y debía cerrar por un hecho grande, glorioso, el período de las grandes cosas que había conocido y realizado. La Iglesia conservaba la idea de la esfericidad de la tierra, de la unión del Mar Atlántico con el Mar de las Indias, de la existencia de vastas comarcas del otro lado del mar, de los antípodas; ideas que han sido desenvueltas por Alberto el Grande, Bacon y el cardenal Pedro de Ailly. La propagación de la religión cristiana en el Asia por los esfuerzos de la Iglesia, sus embajadas en la China y en el Gran Kan por los años 1250 y 1295, los viajes marítimos de los pisanos, genoveses y venecianos, extendieron el horizonte y guiaron poco á poco los espíritus á la idea de una extensión posible del continente. Al mismo tiempo se agitaba, como cuestión de actualidad, en las iglesias, en las universidades, en los conventos, entre los doctores y entre los monjes, en las tesis y en los libros, la unidad del género humano, la emigración de los pueblos, sus relaciones con el globo, la afinidad originaria de las lenguas, la propagación de los animales y de las plantas, la ley de los vientos de la parte del mar y de las corrientes, la difusión del calor, el magnetismo terrestre, etc., etc., y todas estas cuestiones, después de haber fermentado en el cerebro de Colón, dirigieron su pensamiento y le guiaron sobre la marcha de su descubrimiento. La esperanza de establecer y de extender sobre la tierra el reino de Dios, entusiasmó á Colón. Así como la Iglesia había inspirado el pensamiento, iluminó el deseo y dió los medios de descubrir un nuevo mundo así también ella sola admitió desde luego el proyecto del futuro descubrimiento.

He aquí, por qué este inmenso acontecimiento debía naturalmente nacer en un tiempo en que el mundo todo estaba bajo la dirección de la Iglesia, y no corría el ries-

go de desconocer el fin superior á que debía atender. Este punto de vista, se hace más evidente, cuando se considera la manera, de cómo los tiempos posteriores, y especialmente los actuales, se hubieran encargado de la solución y trascendencia moral del problema, si aun estuviese por resolver. La alegría y el entusiasmo se apoderaron de la Europa cristiana al anunciarse el descubrimiento del Nuevo Mundo; ella sacó de allí luces para explicar las Santas Escrituras, el celo por las misiones, el valor para avanzar en el hallazgo de la solución de los más oscuros problemas acerca del mundo y de la humanidad. Hacia este fin sublime, debemos dirigir nuestra atención antes de volver á la época en que los cristianos no vieron en esta obra más que la satisfacción de intereses terrenales, del lucro y de la ambición. La Iglesia mostró la única vía que podía asegurar el resultado y la dignidad de esta empresa, buscando, ante todas cosas, el como cristianizar la América.

Los primeros paganos que en 1493 llevó Colón del Nuevo Mundo á España, fueron inmediatamente iniciados en las verdades del cristianismo. Fernando, Isabel y el príncipe heredero fueron sus padrinos: se les preparó en Sevilla para que fuesen los misioneros de su país. Mas antes de que se hallaran en estado de poder acometer esta obra, el rey de España envió en 1493 á América una misión compuesta de varios sacerdotes, entre los cuales se contaban el P. Bernardo Boil, abad de los benedictinos, y los franciscanos Fr. Juan Deledeulle, llamado también el Borgoñón, por haber nacido en Borgoña, y el Bermejo por su color y cabellos rojos, y Fr. Juan de Tisin, según refiere Fr. Bartolomé de las Casas (1). El primero que edificó iglesia y dijo misa aquí, fué el P. Fr. Juan Pérez, de la Orden de San Francisco, Guardián de la Rábida (2), siendo esta la prime-

(1) *Historia de las Indias*, tom. 1, cap., LXXXI.

(2) Memorial citado edición Madrid 1646, cap. XXIX.



ra iglesia cristiana de las Indias Occidentales. El gobernador de América, Nicolás de Brando, recibió instrucciones precisas para que el Evangelio se predicase á aquellos nuevos pueblos que, ante todo, debía declarar libres, gobernar conforme á justicia, procurar cuidadosamente que se instruyesen en la religión católica, sin oprimirles absolutamente en nada, para que nada se opusiese ni extraviara su conversión. La salida de otra misión de franciscanos tuvo lugar en 1502, siendo trece los religiosos que la componían, y cuyos nombres son: Fr. Bartolomé de Turuégano, Fr. Antonio de Carrión, Fr. Alonso del Espinar, Fr. Francisco de Portugal, Fr. Antonio de los Mártires, Fr. Moseo de Zafra, Fr. Pedro de Hornachuelos, Fr. Bartolomé de Sevilla, Fr. Juan de la Hinojosa, Fr. Alonso de Hornachuelos, Fr. Juan de Escalante, Fr. Juan, francés; Fr. Pierre, también francés; (1) todos estos vinieron con el Comendador D. Fray Nicolás de Ovando.

Sabido es que la crueldad de algunos españoles, impulsados por la sed de oro, fué la causa principal del poco éxito que obtuvieron en un principio los misioneros. Los franciscanos y el padre Las Casas tomaron por su cuenta con altivez y osadía la causa de los indios oprimidos. Las Casas obtuvo en 1516 que se le incorporasen para su obra doce jerónimos. Debía dejarse en cada población un monje ó un sacerdote secular. El cardenal Jiménez de Cisneros tomó todas las medidas favorables para la conversión y bienestar de aquellas tribus salvajes. Otros franciscanos, partiendo de Picardía, y trayendo entre ellos al hermano del rey de Escocia, anciano venerable, y bajo la conducta de Remy, religioso de un temple vigoroso, arribaron á la Española. Las Casas, el ardiente amigo de los indios, para favorecer á las débiles tribus que protegía, inició la intro-

(1) Archivo gral. de Indias, estante 32, cajón 3º, legajo 2721. (COLL, Colón y la Rábida, pág. 262 Madrid, 1891.

ducción de los negros africanos en América, sin que sepamos si solo él es responsable del primitivo proyecto de esta transmigración; lo que si podemos asegurar es que él no previó las consecuencias. Desde 1406 se ven llegar á Sevilla esclavos negros del Africa, y en 1500 ya había sido introducida la esclavitud en las Antillas. Jiménez de Cisneros, con su sagacidad habitual, se opuso constantemente á esta medida. En cuanto á la Iglesia, fiel á sus principios de derecho de libertad, no tuvo la menor parte en los malos tratamientos que sufrieron los indios, y mucho menos en el trato de los esclavos; ella ha levantado siempre y hasta nuestros días, su voz, ya suplicante, ya amenazadora, contra ese tráfico abominable. Con este motivo dice Humboldt: «Para ser justo, es preciso proclamar con reconocimiento los nobles y valerosos esfuerzos que al fin de la Edad Media, como en los primeros tiempos del cristianismo, hizo el clero en masa para defender los derechos que el hombre tiene de la naturaleza.»

Los jesuitas entraron igualmente en liza para defender los derechos de los indios; el apóstol del Brasil, el jesuita Antonio Vieira, luchó durante toda su larga vida en favor de los oprimidos. El Papa Paulo III publicó dos breves, en los cuales se quejó de que hubiesen pretendido por una sugestión satánica tener derecho de esclavizar á los habitantes de las Indias Occidentales y de otros pueblos nuevamente descubiertos, como si fuese permitido desconocer su carácter de hombres. La Iglesia católica ha tenido que combatir en el Nuevo Mundo con innumerables obstáculos; pero jamás ha combatido tan victoriosamente como en los tiempos modernos. Pero ha excitado vivamente el odio de las sectas enemigas de los progresos que ella hace en todas las zonas y bajo todas las formas de gobierno. Esta acción de la Iglesia Católica, simple, fuerte y fecunda, contrasta con los esfuerzos prodigiosos y lamentables de la iglesia anglicana, que distribuye innumerables ejemplares de la



Biblia, sin llegar á esparcir las semillas de la verdadera fe. San Francisco Javier convirtió millones de infielés con una sola Biblia, mientras que con centenares de misioneros ingleses y alemanes no católicos, y con millones de Biblias, trabajan en una obra tan ingrata como estéril. Es necesario en América que el misionero católico esté sostenido, no solamente por la Iglesia en general, sino por su orden en particular, para que su actividad sea eficaz y duradera. La América latina, exceptuando las islas, no comprende más que, en unas 214,000 millas cuadradas, tres millones de habitantes descendientes de europeos, 380,000 negros libres, 9.600,000 indios libres y cinco millones de mestizos libres. Resulta, pues, que la raza de color se sobrepondrá bien pronto á la raza blanca en las repúblicas hispano-americanas. Su lengua, su raza, los recuerdos de su pasado, no se han extinguido entre ellos, que se han vuelto hijos fieles de la Iglesia Católica, educados en las costumbres, en las artes y en las instituciones de la Europa, y pronto, muy pronto estarán á la altura de los otros pueblos libres ¿Qué producirán ellos á la Iglesia, al Estado, á las ciencias y á las artes? Enfrente de esta civilización, de origen latino, católica de religión, india de raza, se encuentran los Estados Unidos, con su dirección industrial, su civilización y su origen esencialmente germánicos, su religión en la mayor parte protestante, comprendiendo sobre 105,000 millas cuadradas, 250,000 indios, 2.900,000 negros y mestizos, casi todos, hasta hace poco, esclavos, y 14.200,000 blancos, en su mayoría ingleses y alemanes de origen.

Nosotros colocamos al Brasil, la Guayana y la India occidental en el último tercio de la América. Allí viven sobre un espacio de poco más de 150,000 millas cuadradas, 1.800,000 blancos; dos millones de indios; 5.200,000 negros, y dos millones de mulatos. Es por consiguiente la raza negra la que domina, así como la civilización latina y el catolicismo, aunque mezclado también de elementos

protestantes y germánicos. Este tercio, así por su posición geográfica, como por su lengua, sus costumbres, su población y su religión, es un verdadero término medio entre los otros dos tercios de la América. Veremos probablemente este tercio elevarse á 40 millones, el tercio indio casi á la misma cifra, y el tercio negro llegar casi á 20 millones. Este será el supremo golpe dado al paganismo en el Asia Oriental y en el Africa central, y la Iglesia acabará por triunfar de los 500 millones de mongoles y de los negros que pueblan todavía estas desconocidas regiones. La última y principal misión concluirá por ser devuelta al Nuevo Mundo, y acabará así geográficamente el círculo entero de la historia de la Iglesia. Detengámonos entretanto en esta porción de la América á la cual se dió en otro tiempo el nombre de reino de la Nueva España.

En el tiempo de la conquista emprendida por Hernán Cortés, la tribu más poderosa era la de los Aztecas; habían alcanzado algún grado de civilización, de que dan testimonio un cierto derecho de propiedad entre ellos establecido, la existencia de grandes ciudades, algunos monumentos arquitectónicos, muchas inscripciones jeroglíficas, un sistema cronológico y un gobierno político. Los numerosos sacrificios humanos cuya sangre inundaba sus templos, anunciaban al mismo tiempo una profunda barbarie. Los aztecas enseñaban, no obstante, en su doctrina religiosa la existencia de un ser único y soberano, y tenían la noción de una justicia existente más allá de esta vida. Ellos confesaban «un Dios por el cual vivimos, esto es, criador, invisible é incorpóreo;» pero su grosero politeísmo sofocaba este conocimiento íntimo y superior. Adoraban trece dioses principales, y más de doscientos inferiores, que velaban sobre los elementos y sobre las acciones de los hombres. A la cabeza de estos dioses se hallaba Huitzilopochtli, el terrible, el dios de la guerra, alimentado diariamente de sangre humana. Este reino idólatra fué el que destruyó Hernán Cor-



tés, por los años 1519. A sus instancias envió Carlos V una misión de doce franciscanos observantes, bajo la conducta del padre Fr. Martín de Valencia, quien eligió diez sacerdotes y dos legos, llamándose los primeros: Fr. Francisco de Soto, Fr. Martín de la Coruña, Fr. José de la Coruña, Fr. Juan Juárez, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, Fr. Toribio de Benavente, Fr. García de Cisneros, Fr. Luis de Fuensalida, Fr. Juan de Ribas, y Fr. Francisco Jiménez, y los legos Fr. Andrés de Córdoba y Fr. Bernardino de la Torre. Este se quedó en Sevilla y le substituyó el lego Fr. Juan de Palos, de la provincia de Andalucía. Estos hombres sabios, fervorosos, tomaron medidas prudentes, y su pobreza, su dulzura y afabilidad ganaron todos los corazones. Establecieron en las ciudades institutos, donde se instruían de ochocientos á mil jóvenes indios, los que terminada su educación eran á su vez misioneros entre sus compatriotas. Fr. Pedro de Gante, hermano lego de los franciscanos, llegó á ser el misionero favorito de los indios: él era su refugio en todas ocasiones. Cuando volvía de algún viaje, todo el Golfo de México se cubría de botes de los aztecas, que impacientes esperaban su regreso. El hermano Pedro era arquitecto; edificó más de cien iglesias, entre otras, la magnífica de San Francisco de México, dedicada actualmente al Sagrado Corazón de Jesús y bajo la custodia de los RR. PP. de la Compañía de Jesús, después de haber servido, mutilada en una gran parte, de templo protestante. El mismo Fr. Pedro redactó un catecismo en lengua azteca. Dícese que Carlos V quiso elevarle á arzobispo de México, pero que él le rehusó y quiso permanecer lego. A su muerte los indios, desconsolados, le llevaron sobre sus hombros al lugar de su sepultura, (1572); y en mucho tiempo no pudieron olvidarles.

Por lo demás, lo que sin duda ejerció poderosa influencia sobre estos pueblos, fué la pobreza de los franciscanos. Los indios declararon terminantemente al obispo

Ramírez que ellos no podían reconocer otros padres espirituales más que á los franciscanos; que sólo ellos se les parecían en todo, y que andaban descalzos como ellos. Su pobreza excitó una viva admiración desde su llegada. A la vista de uno de estos misioneros, el padre Toribio de Benavente, exclamaron estupefactos: «¡Motolinia!» es decir, ¡pobre hombre!; sobrenombre que este misionero y célebre escritor quiso llevar de allí para adelante y que conservó toda su vida. «Este hombre, dice el protestante Prescott, no se cuidaba jamás de pena alguna cuando se trataba de arrancar á los indígenas de su idolatría.» Mostrábase tierno y atento á las necesidades espirituales y temporales, y Bernal Díaz asegura haberle visto despojarse de su único hábito para vestir con él á un indio doliente y desnudo. Fácil será aducir otros testimonios protestantes parecidos á los que acaban de asentarse para probar que lo que las crónicas de la Orden franciscana cuentan de las virtudes heroicas de estos misioneros, no son ni deben conceptuarse simples panegíricos inspirados por el espíritu monacal, sino hechos confirmados por escritores de los más opuestos criterios. Si se añade á esto que entre los primeros obreros evangélicos de estas comarcas se encuentran hombres de una inteligencia superior y de una ciencia poco común, tales como Sahagún, Benavente, Torquemada, y otros cuyas obras son lo que hay mejor y de más importancia sobre las antigüedades aztecas, parecerá menos increíble lo que se cuenta de los progresos extraordinarios de la obra de estos misioneros mexicanos. La vida apostólica de los primeros obispos de México debió también hacer una impresión profunda. Zumárraga iba siempre á pie en todas sus excursiones evangélicas, aun á las más lejanas, mostrándose por todas partes á su pueblo como un padre y un modelo; así pudo escribir en 1531 al capítulo general de su orden, celebrado en Toluca, que habían recibido el bautismo más de un millón de indios. El Rmo. Sosa, Ministro general de los franciscanos



y después obispo de Osma, escribía á Clemente VIII: «Cuando no tuviera la Religión seráfica más que la provincia del Santo Evangelio (de México), donde hubo fraile que bautizó más fieles que los sagrados apóstoles San Pedro y San Pablo, bastaría ese solo como servicio grande para merecer los favores de la Santa Sede apostólica.» De allí que en el capítulo general, cuando el Lector, al enumerar todas las provincias franciscanas, decía: «La santa y apostólica Provincia del Santo Evangelio de México,» todos los vocales, quitando las capillas, inclinaban la cabeza en señal de veneración. Sarmiento, al pie de cuyo retrato el Venerable Sr. Palafox escribió este elocuente elogio: «ABSTINENS, DOCTUS, VIGILANS,» creado en 1546 obispo de Puebla, cuya diócesis visitó á pie descalzo, sin más insignias que el anillo y la cruz pectoral sobre el tosco buriel franciscano, ni más séquito que el de un humilde religioso de San Francisco, á los once años de un activo y fructuoso apostolado, contraía en el pueblo de San Felipe Ixtacuixtla la terrible enfermedad que le llevó al sepulcro. Tres días continuos estuvo ministrando el sacramento de la Confirmación á un gentío tan numeroso que esto bastó para que le sobreviniera una fuerte pulmonía. Al dejar aquel pueblo, enfermo como iba, todavía confirmó en el camino un gran número de indios. No pudiendo caminar á pie hasta Puebla, montó en un asno, llegando de esta suerte al convento de los franciscanos de aquella ciudad, donde murió el mes de Octubre de 1557, en tanta pobreza que no tuvo de que hacer testamento. En 1526, con los franciscanos vinieron los dominicos y los padres de la Merced; en 1533 los agustinos; en 1572 los jesuitas. El primer obispo de Durango, Fr. Gonzalo de Hermosillo, agustiniano, electo el día 27 de Enero de 1620, en su primera visita confirmó más de doce mil personas en Sinaloa, en el pueblo de Mocorito, donde celebró también órdenes con singular admiración y gozo de aquellos indios; pero fatigado de las asperezas del terreno y de los trabajos

de un viaje tan largo y penoso, no menos que de la destemplaza del clima de aquellas regiones, dió su vida en la demanda, dejando su cadáver á la Compañía en el colegio de padres jesuitas el día 28 de Enero de 1631. Por esta época, más de la mitad de la población indígena de las colonias españolas se había bautizado, lo que no impidió que las misiones se continuaran con el mismo ardor durante los siglos XVI, XVII y XVIII en las comarcas del Norte, habitadas por los comanches, apaches y tepehuanes, sin que los franciscanos hayan faltado aun en las comarcas inexploradas por los españoles: innumerables miembros de su orden fueron mártires del furor de los bárbaros.

La historia de estas misiones nos llevaría demasiado lejos. En 1686 el Papa Inocencio XI expedía bulas apostólicas al P. Fr. Antonio Linaz autorizándole amplísimamente para fundar colegios de misioneros en toda la vasta extensión de las Indias occidentales, donde ejercía el cargo de Prefecto de las misiones de la Orden franciscana, siendo el principal objeto de esta institución la reforma de las costumbres entre los fieles, y la reducción de los infieles al gremio de la Iglesia católica y á la obediencia de su visible cabeza el Romano Pontífice. Las fundaciones comenzaron por el colegio de la Santa Cruz de Querétaro, antigua casa de recolección de la provincia franciscana de San Pedro y San Pablo de Michoacán, de la cual tomaron posesión el día 15 de Agosto de 1683, los veinticuatro religiosos que de las provincias de España había reclutado el P. Linaz como fundador y cuyos nombres son los siguientes: Fr. Pedro Antonio Frontera, Fr. Juan Bautista Lázaro y Fr. Antonio Llanzor, de la provincia de Mallorca; Fr. Melchor López de Jesús, de la de Castilla; Fr. Pedro Sitjar, Fr. Sebastián Bizquerra y Fr. Antonio Torres, también de Mallorca; Fr. Francisco Estevez, de Canarias; Fr. Miguel Fontcuberta, de Mallorca; Fr. Francisco Frutos, de Castilla; Fr. Francisco Casañes de Jesús María, de Cataluña, Fr. Antonio Margil